

primer Adelantado de Canarias, para el convento franciscano, por el duque de Medina Sidonia. Se afir-

• TEATRO

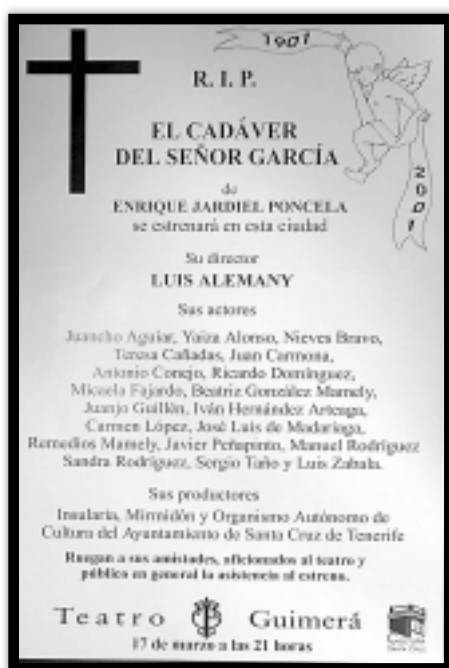
EL CADÁVER DEL SEÑOR GARCÍA, EN VERSION DE LUIS ALEMANY

RAFAEL FERNÁNDEZ
HERNÁNDEZ

Con la representación de la obra de Jardiel Poncela *El cadáver del señor García* (1930), Santa Cruz de Tenerife se incorpora a los homenajes que desde el pasado año se le tributan al autor madrileño con motivo del centenario de su nacimiento. Este suceso teatral nos llega gracias a Luis Alemany, uno de los editores de Jardiel Poncela, conocedor no sólo del narrador que anima *La tournée de Dios* (1932) —rara avis capaz de concitar consecutivamente la prohibición de las censuras republicana y franquista—, sino de los procedimientos y del universo jardielanos en toda su extensión, como así lo rubricó en el curso que el pasado año organizó la Universidad de San Lorenzo de El Escorial, dirigido por Rafael Flórez. Alemany nos ofrece ahora el montaje de la farsa de enredo *El cadáver del señor García*, segunda de las obras del autor madrileño, estrenada con mal pie en 1930, pues no llegó a la octava representación desde su estreno el 21 de enero en el Teatro de la Comedia de Madrid. Tiene mérito Alemany acercándose a esta pieza, que desde su estreno no contó ni con el favor del público ni con el de la crítica. Como se ha dicho, incluso Jardiel consideró de especial mérito otras piezas suyas y el público se ha mantenido fiel a obras más conocidas: *Eloísa está debajo de un almendro* (1940), *Los ladrones somos gente honrada* (1941) o *Los habitantes de la casa deshabitada* (1942).

Mientras escribo estas líneas tengo ante mí la edición de *El cadáver del señor García*, que publicó Jardiel en Biblioteca Nueva en 1934, y no puedo por menos de destacar la fidelidad de la dirección de Luis Alemany al texto y a la atmósfera teatral de esta *Farsa de detonaciones en tres actos*, como la

CARTEL
ANUNCIADOR DE
LA OBRA.



Lo que vimos en el Teatro Guimerá de Santa Cruz de Tenerife no sólo fue una obra de Jardiel Poncela, fue la expresión de una determinada concepción del teatro o, por mejor decirlo, de la teatralidad inteligente y divertida

subtitula su autor. El espacio escénico ideado por el director sigue con toda exactitud las propias recomendaciones de Jardiel “Un saloncito amueblado y alhajado con un gusto sobrio y moderno. Al foro, una doble puerta que se abre en corredera. A la derecha, otra puerta más pequeña. A la izquierda, una tercera puerta. Entre ésta y la del foro, un diván turco. Teléfono —y guía telefónica— sobre un mueble”. El ambiente años treinta está logrado. El figurinismo expresivo y elegante, sin tacha. Quizá el desarrollo del movimiento queda en el montaje del Guimerá excesivamente concentrado

en un espacio muy pequeño para los 19 actores que deambulan en escena. Pero ese atiborramiento permite, también, el juego de Alemany de hacer danzar por los suelos a esa tribu de pequeños burgueses, profesionales y servidores. El ritmo se adecua muy bien al lenguaje casi cinematográfico. La música es la ajustada, aunque al comienzo del primer acto le llega al público excesivamente alta, ahogando los primeros parlamentos. La interpretación de los principales papeles se ciñe como un guante al perfil de los caracteres; bien orquestada, con el ritmo adecuado. Destacan Abelardo, muy bien in-

terpretado por Luis Zabala, con una extraordinaria voz; Hortensia, una enamorada que defendió con aplomo Nieves Bravo; Damián, el portero, personaje a quien Manuel Rodríguez le sacó los perfiles más hilarantes de la obra; Mirabeau, perfectamente retratado por la dirección, y magníficamente interpretado por Juancho Aguiar; el juez Don Evelio, personaje humanizado, en su perplejidad, gracias al talante escénico, magnífica voz y mucha veteranía de José Luis de Madariaga; lo que puede extenderse a Don Casimiro, el forense, interpretado con elegancia por Juanjo R. Guillén. Esta obra, concebida desde la dirección como una ópera coral, con rapsoda rusa incluida —una rediviva Berta Singermann—, que encarna con mucho glamour Teresa Cañadas, quien tiene tras sí una estirpe teatral de muchos quilates, acentúa los perfiles del humor jardieliano. Pues como ha dicho la crítica, Jardiel vino a renovar no sólo el teatro de humor, sino el humor mismo; así como en el terreno teatral, lo inverosímil arrasó con los herederos de aquel teatro por horas que tanto había despertado las delicias del público con un humor fácil, sazonado con sal gruesa, y contra los que tuvo que luchar Jardiel.

El resto del elenco mostró con ganas y con mejor o peor acierto los recursos de la comicidad teatral del autor. Sin embargo, hay un personaje que en el texto de Jardiel Poncela posee rasgos preeminentes, y alrededor de su carácter oscilan muchos de los *gags* que representan un planteamiento de las situaciones dramáticas inverosímiles. Me refiero a Ramona, la doncella de Hortensia, interpretada con mucha dignidad por Micaela Fajardo. La solución por la que ha optado Luis Alemany —quizá en favor de esa coralidad— hace que los rasgos más sobresalientes de Ramona se desdibujen en la mayoría de las ocasiones.

Por lo tanto, el montaje que nos ofreció Luis Alemany la tarde del domingo 17 de marzo en el Teatro Guimerá parte de una base, si no suficiente, sí necesaria: resulta de la visión que posee uno de los más

conspicuos especialistas del teatro de Jardiel. Una muestra de ese conocimiento totalizador puede observarse en dos frentes, aunque se aúnan y se identifican en el objetivo final, esto es, lograr una mayor comprensión del juego y del humor jardielianos. Me refiero, por una parte, a la fidelidad de Luis Alemany al texto de Jardiel, acentuando los rasgos de comicidad, ingenio expresivo y dinamismo escénico de *El cadáver del señor García*; y, por otra, a aquellos otros recursos no teatrales, como el contenido del programa de mano, su propia confección como una esqueleta, que no se pueden concebir fuera del universo de Jardiel. Sin embargo, ambos, aún siendo de naturaleza distintas, constituyen la cara y la cruz de una misma realidad: el humor escénico de Jardiel Poncela, trasunto, al fin y al cabo, del humor, ironía y concepción del juego teatral del mismo Luis Alemany. Y aquí entra inevitablemente la concepción que el autor de *El interrogatorio* y de *Los puercos de Circe* posee de la obra de creación. Lo he señalado en todas las ocasiones que he tenido la oportunidad de opinar sobre el teatro de Luis Alemany y acerca de su actividad teatral como director: no es posible la separación de ambas creaciones escénicas, aunque sean muy diferentes, pues si de suyo es siempre así en cualquier autor-director, en el caso de Alemany, su carácter definido, de una meticulosidad rayana en la manía cuando se trata de pulir la obra creativa, y su acendrada introspección crítica del trabajo, imprimen un sello idéntico a todo el quehacer teatral que emprenda, sea de la naturaleza que sea, grande o pequeño, dispuesto a animar a un público de cualquier rincón de las Islas o a alzar el telón de un teatro principal. Por lo tanto, lo que vimos en el Teatro Guimerá de Santa Cruz de Tenerife no sólo fue una obra de Jardiel Poncela, además del homenaje que Luis Alemany rindió al comediógrafo madrileño, fue la expresión de una determinada concepción del teatro o, por mejor decirlo, de la teatralidad inteligente y divertida.

PRENSA



Periodismo científico

Bajo el titular “Grupo de divulgadores de la ciencia en Tenerife”, el número 38 del periódico *Periodismo científico*, publicación bimestral de la Asociación Española de Periodismo Científico que se edita en Madrid, dice lo siguiente:

“Desde febrero de 2000, un grupo de profesores e investigadores de la Universidad de La Laguna (Tenerife) y del Instituto de Astrofísica de Canarias, está publicando en la prensa local y con una cierta continuidad, artículos orientados a informar y a divulgar la ciencia y su historia, así como a desenmascarar las pseudociencias. En la Comunidad de Canarias se publican en la actualidad siete

periódicos diarios, cinco en la provincia de Santa Cruz y dos en la de Las Palmas. En ninguno de tales periódicos existen secciones fijas de información científica o de divulgación de la ciencia, aunque sí se realiza alguna actividad (muy escasa) en cuanto a la divulgación médica. Ante esta situación, en febrero de 2000, el profesor Daniel Duque, coordinador del suplemento de ciencia y cultura del periódico

ma que antes había estado en la ermita de la Vera Cruz de San Lúcar de Barrameda, patronato de ...

• OPINIÓN

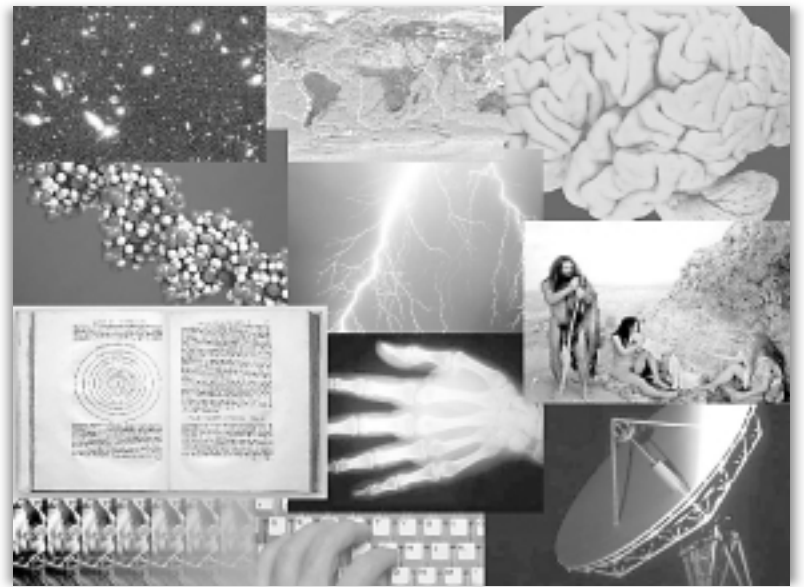
¡TENGO MIEDO!

INÉS RODRÍGUEZ HIDALGO

Señoras y señores, jamás pensé que en La Matanza de Acentejo (no en un país dominado por fundamentalistas de cualquier tipo), a 19 de marzo de 2002 (no hace unas décadas, en los mejores tiempos de la Dictadura), podría experimentar miedo a sufrir una agresión física por pensar diferente. Sucedió en el salón del Centro de Servicios Sociales de La Matanza, durante una de las charlas de las VII Jornadas de Misterios de la Ciencia organizadas por el Ilustre Ayuntamiento de dicho municipio, coordinadas por cierto programa de radio, y con la colaboración de varias empresas. Harían falta páginas enteras para comentar el sorprendente título de esta actividad (¿misterios?, ¿Ciencia?) llamada cultural, que se realiza con el apoyo de un organismo público sostenido por los impuestos de los ciudadanos; necesitaría mucho más espacio del adecuado a una reseña para glosar la formación, categoría intelectual, trayectoria científica y prestigio de los ponentes, o para intentar transmitir el contenido de las conferencias, basado esencialmente en experiencias personales, adornado con un lenguaje presuntamente científico (y a menudo erróneo), sin prueba ni argumentación alguna que sostenga las arriesgadas afirmaciones que se citan como dogmas de fe; tal vez escriba un artículo de opinión al respecto, pero no deseo extenderme aquí en estas consideraciones. Vayamos a los hechos: cerca de un centenar de personas asistió a la conferencia, entre ellos tres amigos míos (L., W. y R. para abreviar) y yo misma. Al terminar el orador se

Antes de asistir a una conferencia, analicen muy bien si se trata de un acto cultural o de un mitin sectario en el que se juegan el tipo si manifiestan la más mínima disidencia. El que avisa no es traidor

abrió, como suele ser habitual en este tipo de actos públicos, un turno de preguntas. Tras varias intervenciones, R. expresó su opinión con dureza poniendo en duda las afirmaciones del ponente; éste terminó saliendo por el pasillo de la sala con ademán amenazador llamando mentiroso a R.; la discusión subió de tono y parte del público aplaudió al conferenciante e increpó a voces al disidente, hasta que el organizador tomó el micrófono tratando de serenar los ánimos. Después de alguna otra pregunta, L. pidió la palabra y planteó tres cuestiones muy concretas, a las que el ponente respondió como consideró oportuno. Pasados unos minutos decidimos abandonar la sala, ya que se hacía bastante tarde. En último lugar salíamos L. y yo; un asistente sentado junto a la puerta, varón y joven, se quedó mirando a mi amigo con gesto interrogador, como si le conociese y quisiera saludarle. Levantando la barbilla varias veces le dijo “¿qué, te parece bien?”, a lo que L., bastante desconcertado, le preguntó inclinándose hacia él “¿dime, perdona?”. Entonces el hombre sentado, sin mediar palabra, le sacudió una patada a L. en su pierna izquierda. No salíamos de nuestro asombro, no sabíamos cómo reaccionar; temblando, L. le dijo que pensaba avisar a la Guardia Civil o a la Policía, ya que consideraba inadmisibles ser agredido



MISTERIOS.

por el mero hecho de haber formulado un par de preguntas... Yo le dije que cómo se atrevía a atacar a mi amigo, y le expliqué que L. sufrió un gravísimo accidente hace dos años y tuvo que permanecer casi uno hospitalizado, con serios daños por todo el cuerpo, en particular en su pierna izquierda. A ello me respondió “pues entonces que no venga aquí jodiendo”. Deben saber que si L. hubiera recibido la patada tan sólo diez centímetros más arriba se habría mareado allí mismo, ya que es una de sus lesiones más graves y lleva insertada una placa metálica en esa zona. Yo llamé entonces al organizador de las Jornadas para que supiera lo ocurrido y salimos con él a la calle. Se disculpó como pudo y nos aseguró que mencionaría el incidente en la sala, ante toda la audiencia (desearíamos suponer que lo hizo y que algo así no volverá a suceder...) L. intentó comunicarse con las fuerzas de orden público, pero la cobertura de los móviles no estaba de nuestra parte, y no fue posible. Lo cierto es que no conocemos el nombre del agresor, un energúmeno inculto y violento, con apariencia (y nada más que eso) de persona, y que, lamentablemente, no le vimos salir esposado del Centro de Servicios Sociales, ni pasó la noche en la cárcel, como habría merecido.

Estimados lectores, coincidirán conmigo en que a un acto público de entrada libre, en el que no se pide a nadie documentación acreditativa de sus creencias previas, puede asistir cualquiera, a escuchar primero y a manifestar después, en el turno de pre-

guntas, sus dudas u opiniones, estén éstas de acuerdo o no con lo expuesto por el conferenciante. El problema surge cuando parte de la audiencia de este tipo de eventos es no sólo creyente, sino fanática y fundamentalista. Me pregunto si algo así podría haber sucedido en un curso universitario, en una conferencia celebrada en algún museo de nuestra isla, o en ciclos de charlas organizados por centros de instituciones culturales... Y, francamente, creo que no, ya que el público interesado suele estar deseoso de aprender y pensar, no de aceptar sin discusión lo que escuchan: ser crítico no está reñido con respetar las ideas ajenas. En mi opinión, quienes están dispuestos a defender sus ideas (en el hipotético caso de que las tengan) o las del líder de turno con la violencia física están peligrosamente cerca de aquellos capaces de lapidar a una mujer, de torturar a alguien por pensar diferente o de atentar contra otros seres humanos en nombre de la causa más peregrina e irracional que puedan imaginar. Si hasta ahora pensaba que era posible discrepar civilizadamente, haciendo uso del lenguaje, el razonamiento y el espíritu crítico, facultades que nos caracterizan como seres humanos, después de lo ocurrido siento vergüenza ajena y miedo. Tras este doloroso aprendizaje me atrevería a sugerirles que, antes de asistir a una conferencia, analicen muy bien si se trata de un acto cultural o de un mitin sectario en el que se juegan el tipo si manifiestan la más mínima disidencia. El que avisa no es traidor.

co LA OPINIÓN de Tenerife, ofreció a un grupo de personas interesadas la posibilidad de establecer una colaboración para publicar reportajes y artículos de divulgación en el citado diario. El resultado de esta colaboración ha sido la publicación, hasta julio de 2001, de veintiún reportajes y tres artículos, todos en el suplemento de ciencia y cultura, que tiene deciséis páginas y aparece los jueves en las páginas centrales de LA OPINIÓN. Los reportajes tienen una extensión

entre 1.600 y 1.900 palabras y ocupan cuatro páginas completas (incluyendo la portada) de las dieciséis de que consta el suplemento, que presta una gran atención al diseño y hace que, por la profusión de las imágenes y espacios en blanco que acompañan al texto, sea muy atractivo visualmente y fácil de leer. Los artículos tienen una extensión de unas 600 palabras y ocupan una página completa, en la que se incluyen, también, imágenes. Los autores de los trabajos son profe-

sores, investigadores o doctorandos de la Universidad de La Laguna. El coordinador, José María Riol Cimas, es profesor titular de Bioquímica y Biología molecular de dicha Universidad”.

RESEÑA DE LAS IMÁGENES:
PORTADA DEL NÚMERO 38 DE
PERIODISMO CIENTÍFICO Y
PORTADA DEL SUPLEMENTO
CIENTÍFICO Y CULTURAL 2C.

